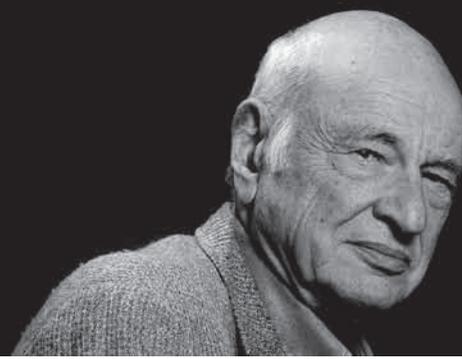


EDGAR MORIN Y SUS DEMONIOS

Floriano Martins (Traducción: Gladys Mendía)



Tal vez lo más apropiado sea considerar a Edgar Morin (1921) un ensayista, un francotirador al acecho de modelos filosóficos, sociológicos, económicos, culturales que tomaron por sorpresa la banda definitiva del siglo XX. Como observa él mismo, su “ardor insaciable” por la literatura le reveló el gran poder de la imaginación, donde constituyó los postulados que lo definieron como una de las notables expresiones críticas de nuestro tiempo. Desdobló la visión del mundo a costa de la “asimilación omnívora”, privilegiando siempre la perspectiva transdisciplinaria.

A lo largo de sus más de 30 libros publicados reflexionó básicamente sobre un mismo tema: las relaciones del hombre con lo imaginario. Claro, confrontó innumerables observaciones del punto de vista de la sociología, de la política, de la antropología, etcétera. Siendo un hombre con un vasto currículo disciplinario, es natural que sus estudios hayan sido difundidos como partícipes de un sistema científico. No olvidemos, mientras tanto, el título de uno de uno de sus libros, *Ciencia con conciencia*, donde evidencia la esencialidad de una conciencia de lo humano.

La vorágine que lo caracteriza como pensador es la misma que lo llevó a innumerables realizaciones, entre ellas la fundación de la revista *Arguments* (circuló entre 1957 y 1962), impulsada por el cuestionamiento de los saberes científicos y su aplicación real. Además, fue en la condición de director de *Arguments* que Edgar Morin vino a Brasil. Llevado por la siempre dispersa agenda de conferencias, viajó por varios países del continente americano, llegando a Fortaleza al inicio de los años 60. Y fue justamente en medio de esas andanzas sin fin que acabó adoptando para sí un verso del poeta español Antonio Machado, de claro cuño budista: “caminante, no hay camino, se hace camino al andar”.

Edgar Morin fue autor de culto entre nosotros en la desarticulación de Mayo del 68. En aquella ocasión, en sus conferencias, definía que las ideologías poseían un sistema de vida propio. Hoy sabemos que tal sistema fue identificado como viral, y se encuentra ya por completo aniquilado por la llamada cultura de masas. Tal vez en aquel momento no fuese posible imaginar cuánto el lenguaje sería minado en la base, aunque uno de sus contemporáneos, George Steiner (1929), ya se refiriese a la mezcla de “complejidad y vulnerabilidad” que lo definía.

En 1997 tenemos en Brasil la edición de *Mes démons* (Bertrand Brasil, traducción de Leneide Duarte y Clarisse Meireles), autobiografía escrita en 1994. El libro es fascinante en varios sentidos. Al rememorar críticamente 73 años de vida, Morin reflexiona sobre la actuación del hombre en el transcurso de este mismo período. Si el libro es tomado por una voracidad personal, por el aspecto omnívoro que lo singulariza, es también una apasionada exposición de las contradicciones que rigen la naturaleza

Hoy una híper tecnología nos hace olvidar que somos humanos

humana. En determinado momento, él mismo se refiere a la cultura como siendo “la junta de lo que está separado”. En este sentido el libro es una admirable lectura del mundo.

Para aquellos que lo consideran excesivamente apasionado por las circunstancias, *Mis demonios* es un libro que conduce al lector al diálogo con quien hace mucho abandonó la “composición eufórica”. Cualquiera que haya atravesado el estado de múltiples convulsiones por el que pasamos en el presente siglo puede claramente entender la exigencia natural de un “enfrentamiento de las contradicciones”. El gran equívoco es confundir el error o la discordia como un revés de la verdad. Claro, la barbaridad nos hace negar que las relaciones humanas sean afectivas. Hoy una híper tecnología nos hace olvidar que somos humanos. Vivimos entonces al margen de nuestra propia destrucción. Descartamos la ética y la autocrítica.

En páginas envolventes, *Mis demonios* es lectura estimulante para la recuperación de valores perdidos en nuestra sociedad de consumo. En determinado momento recuerda a Dostoievski como autor fundamental al construir, a través de *Crimen y castigo*, un rechazo a la ética del castigo. Sitúa el surrealismo como un “descubrimiento capital” en su vida, aunque refiriéndose siempre a la discrepancia con el comunismo exacerbado de Louis Aragón. En cierto momento nos da la llave admirable de su integridad, al recordar a Lichtenberg, quien sostenía que el hombre no debe ser juzgado por sus opiniones, sino por el efecto de ellas. Ahí está constituida una ética de la comprensión.

La múltiple actuación de Edgar Morin contribuye como mínimo a una reflexión del lenguaje y de la imagen provocada por su perversión. En libros como *L'homme et la mort* (1951), *Le stars* (1957), *Vidal et les siens* (1989), se entiende hasta qué punto los demonios de una persona son exorcizados por la confrontación, por el diálogo, por la anulación de todo y cualquier preconcepto en la convivencia con las fuerzas de lo cotidiano. Este libro de Edgar Morin concentra la fascinante lección: lejos de la inquietud, de la identificación de lo contradictorio, lejos de la percepción del diálogo como fuente de transformación del hombre, en fin, lejos de sí mismo, no hay más hombre. Ni siquiera lugar para los demonios, que no son indispensables en nuestro camino. ■

Floriano Martins (Fortaleza, 1957). Poeta, traductor, editor, ensayista y crítico de arte brasileño. Autor de varios libros, el más reciente de ellos *Escritura conquistada* (Venezuela, 2009). Dirige el Proyecto Editorial Banda Hispánica, en Brasil, donde se encuentra la revista *Agulha Hispânica*. Director, con Claudio Willer, de *Agulha – Revista de Cultura*. Es corresponsal de *ArchiPIÉLAGO* en Brasil.